



REDACCION Y ADMINISTRACION,
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,
Victor P. de Landaluz (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN LA HABANA.
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25—UN AÑO, \$10.
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 11 DE SETIEMBRE DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRIPCION EN EL INTERIOR.
TRES MESES, \$3.75—SEIS MESES, \$7—UN AÑO, \$12.75.
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 45.

SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por JUAN PALOMO.—Viaje submarino, por JUAN DE LAS VIÑAS.—Se acabó la guerra, por JUAN SIN-MIEDO.—Las fiestas de Covadonga, por JUAN LANAS.—El amor en los periódicos, por JUAN CUALQUIERA.—Epístolas á Juan Palomo: de Nueva-York, por JOHN BULL; de Puerto Rico, por JUANITO.—Cuentos de manigua: La partida de la muerte, por JUAN SIN TISERA.—Sartenazos.—Advertencia.
CARICATURAS, por DON JUNIPERO.—Lámina sobre las fiestas de Covadonga, por CUSNEROS.

MENESTRA SEMANAL.

Cataplum!!

El imperio francés se hundió en Sedan, dando un zarpazo de dos mil demonios.

Esto sucedió el 2 de Setiembre, aniversario de los horribles asesinatos verificados en las cárceles de París, mandados ejecutar por Danton y consortes hace la friolera de 78 años.

No dejará de haber escocido la noticia al pueblo francés, que si tiene buena memoria dirá con nuestro poeta:

Aprended, flores, de mí
lo que vá de ayer á hoy;
ayer un coloso fui
y hoy ya no sé lo que soy.»

No parece sino que Napoleon III hizo expreso su viaje desde París para caer en las manos de su afortunado enemigo; suya es, pues, la responsabilidad de este segundo Waterloo, en el que ha caído sin pena ni gloria, como niño del limbo; su tío fué en 1815 el héroe de un gran drama, pero el sobrino solo nos ha ofrecido la representación de una mala comedia, indigna de tener en Santa Elena un trágico desenlace.

Prisionero Bonaparte en Sedan, como Francisco I en Pavia, no quiero concederle al rey de Prusia la mitad de la gloria que immortalizó á Antonio de Leiva, porque la facilidad de la victoria disminuye el lauro del vencedor. Francisco I entregó su espada desnuda, mellada en la lucha, cuando se vió casi solo, batido, acosado, sin otra esperanza que un milagro del cielo que no se verificó sin duda porque allí no estaba Sor Patrocinio; Napoleon ha depuesto la suya en la rica váina, váina de emperador, y también solo, si se exceptúan unos 120,000 soldados, resueltos á morir antes que rendirse, como bravos franceses.

«Todo se ha perdido menos el honor,» dijo aquel valiente rey al ser vencido por nuestros heroicos abuelos.

«Me he lucido» debió esclamar D. Luis, en la imposibilidad de justificarse ante la historia y ante su pueblo de un modo más elocuente.

Respeto la desgracia; á pesar de mi habitual jovialidad, compadezco al atribulado anciano en su infortunio; pero al ver eclipsada de un

todo la estrella del hombre que el 2 de Diciembre hizo derramar sangre francesa con el mismo escrúpulo que si fuera tintilla de Rota, y se coronó emperador por gracia y virtud de su histórico nombre, digo para mi sayo:

Tú lo quisistes, fraile Mosten,
Tú lo quisistes, tú te lo ten.

El no hacía la guerra por cuenta de Francia, prestándole su ayuda, sino por la suya propia con la ayuda de los franceses; pretendió afianzar su dinastía por medio del escándalo, y la erró, porque tales cosas solo echan raíces en el amor de los pueblos. Provocó el plebiscito, y notando que, aunque abundaban los sí, no escaseaban los no, por sí ó por no, se plantó el gorro y se lanzó al combate, creyéndose un héroe, cuando solo era una momia.

Y las momias, ya se sabe, suelen dar un camelo al lucero del alba; traslado sinó á la que nos trajo el Sr. Cuppia.

Se ha proclamado la república en Francia; el gorro encarnado vuelve á estar de última moda.

La república unitaria del 93 que degolló á Luis XVI; del 48, que desterró á Luis Felipe y que en 1870 abandona á Luis Bonaparte en manos de su personal enemigo; el rey de Prusia la protege, porque la república viene de molde para una transacción.

¡Pobres republicanos son, á fé mia, los que despiertan las simpatías de un rey, y más pobre el rey que se anula y suicida moralmente protegiendo á los republicanos!

El nuevo presidente de la nueva república se llama Mr. Gambetta.

Hé aquí un señor que tiene en su apellido el principal inconveniente para andar derecho.

El espectáculo que está ofreciendo la Francia tendrá por fuerza un final de gran sensación, como diría el intrépido Pancho Pérez; las naciones europeas asisten escandalizadas á la función, y arman tal zipizape, que la autoridad se declara impotente para hacerse respetar; Alemania aplaude, Inglaterra silba, Italia rie, Austria gruñe, Rusia bosteza y España aprende á cantar la *Marsellesa*, mirando de frente al general Prim y de reojo al príncipe *Hole-hole*; bajo las sayas esconde un gorro frigio, último modelo, con idea de introducirlo de contrabando en su país.

¡Qué vergüenza!

—¡Que saiga el autor! ¿Dónde está D. Luis? dice una voz

Y D. Luis se presenta *al paño*, vihueta en mano, entonando esta endecha:

¿Qué han sido de mis legiones?
Mis ejércitos potentes,
¿Qué se hicieron?
¿Dónde están mis batallones?
Mis generales valientes,
¿Dónde fueron?

—Me estoy peinando, contesta Mac Mahon por telégrafo.

También el niño Luis cayó en poder del rey Guillermo: es tan insolente la fortuna de ese hombre, que el mejor día vá á tenerse las tiesas con el mismo niño de la bola.

¡Y pensar que tanto poderío y grandeza están á merced de un aire colado!

«Señora, han escrito á la emperatriz Eugenia los católicos de Roma, si V. M. nos quita los 25,000 franceses que nos regaló, V. M. nos parte; es un error creer que los franceses deben servir á la Francia, cuando Dios los ha hecho tan apropiados para hacerle el caldo gordo á Su Santidad. Dejados, Señora, en Roma, porque en Roma se encuentra cuanto puedan necesitar todas las Magestades del mundo.»

La Emperatriz escribió al punto á su esposo: «Luis, nos hemos salvado; haz lo que te dé la gana, y á Roma por todo.»

En España reina..... la tranquilidad.

¿Durará mucho tiempo ese reinado?

Francamente, me temo que nó.

Por fortuna en Cuba sabemos salir victoriosos de la más peliaguda complicación política al grito de: ESPAÑOLES SOBRE TODO; me tranquilizo, pues, y digo con el *Diario de la Marina*: VEREMOS.

D. Fermin Salvoechea ha declarado pedantesco que no vendrá á Cuba como voluntario por impedírsele sus opiniones políticas.

Seguramente este señor opina que los hijos de España deben serlo todo menos españoles.

¡Oh, Fermin desventurado!
como tú vengas por lana
á esta siempre fiel Habana,
vas á salir trasquilado.

Porque nosotros no nos dejamos comulgar con ruedas de molino como los cándidos gaditanos.

Aquí sabemos quien es usted, lo que vale usted y para lo que sirve usted.

¿Está usted?

JUAN PALOMO.

UN VIAJE SUBMARINO..... HASTA CIERTO PUNTO.

Vapor *Dacia*, 26 de Agosto.

Ya no se canta, ya no se baila, ya se acabó el *jolgorio*; pero ahora no es por los motivos que dije en mi última epístola; ahora es porque las cosas marchan bien y están todos ocupados en el cumplimiento de su obligación.

Todos trabajan y, lo digo francamente, son dignos de admiración el orden, la constancia, la fe con que todos los de á bordo desempeñan su cometido.

Voy á citar un hecho que habla muy alto, y con voz muy gorda, en favor de los ingleses.

Con este humilde servidor de ustedes, iba en un bote y dirigiendo la colocación del cable que había de amarrarse en la playa de Batabanó uno de los principales empleados de la expedición: una persona de finos modales, de vasta instrucción, de gran inteligencia, en fin, una persona decente desde la cruz á la fecha.

Llegamos á un punto en que el barquichuelo que nos conducía se atascaba en el fango y no podía pasar adelante: la operación por eso no había de suspenderse, y mi hombre sin vacilar, sin decir una palabra y como la cosa más natural del mundo, sacó los pies fuera de la barca y se zampó en el agua, con botas y espuelas, como suele decirse.

Fué el primero en dar el ejemplo, y todos los operarios que iban en las otras lanchas le siguieron á los pocos momentos.

Se ganó la orilla, y el cable quedó amarrado en el sitio conveniente.

¡Ay, paisanitos de mi alma! no enfadarse; pero me parece que pocos empleados españoles de la categoría del que me ocupa, hubieran hecho otro tanto.

Nosotros hubiéramos empezado por formar un expediente, por calcular un presupuesto, para hacer un puente ó cosa así, que salvase la dificultad; se hubiese oído al Consejo de Estado y otras varias corporaciones, llegando á consumirse muchos pliegos de papel y la paciencia del respetable público.

Aquí se hizo con un solo paso, que para mí honra mucho al que lo ejecutó.

Esto ocurría á las siete de la mañana; á las cinco de la tarde íbamos á bordo y el director de aquellos trabajos llevaba los mismos pantalones y las mismas botas que recibieron las caricias de las olas.

Embebido en sus ocupaciones, creo que ni siquiera se apercibió de que se había mojado.

A partir desde *Diego Perez*, que la inmersión del cable se ha hecho con la mayor felicidad, cada uno ha ocupado su puesto y no se ha pensado ya más que en trabajar.

Un ayudante y un telegrafista permanecen constantemente en el cuarto de los aparatos, la vista siempre fija en la luz aquella de que hablamos en la carta anterior y anotando cada cinco minutos el número de grados que marca la corriente en el galvanómetro.

Otro está colocado delante de la máquina por donde pasa el cable y marca el número de millas que salen de la bodega: otro observa sin cesar la máquina que señala la resistencia que aquel presenta, para ajustar á ella la marcha del buque y todas las demás operaciones: otro levanta el plano de la línea; otros varios vigilan sin cesar hasta la más insignificante rueda, para que no se entorpezca la marcha ni un solo instante; y haciendo todas estas cosas á un tiempo, multiplicándose, acudiendo sin cesar de un extremo á otro, andan Sir Charles Bright y Mr. Franze, directores de los trabajos.

Este servicio lo desempeñan alternando de cuatro en cuatro horas, de modo que los empleados tienen al día doce horas de trabajo y doce de descanso.

Así se vá atravesando el camino que nos separa de Santiago de Cuba.

Volvamos la vista atrás y hablaremos de los entorpecimientos que la operación ha sufrido en las inmediaciones de Batabanó.

Las dificultades se han vencido pero: ¿qué causa reconocen? *ecco il problema*. Porque la verdad es que á nadie se le ha ocurrido que esto suceda *porque sí*; pues no es fácil que el cable conozca al capitán Alegría, aquel de la zarzuela, el que tan contundentes argumentos poseía; ni tampoco es de creer que tenga vo-

luntad propia, ni ménos que haya ocurrido un milagro.

El tiempo de estos ha pasado, por desgracia, y si hoy tres mil pobres se encuentran con tres panes y cinco peces, lo más probable será, que coman dos de ellos, y no muy bien, y los demás se mueren de hambre, ó que se rompan entre sí el bautismo para sacar mejor tajada.

A ciencia cierta no puede asegurarse la verdadera razón de lo que ha pasado, pues no ha habido tiempo para detenerse á estudiarla; pero hay señales que casi llevan al ánimo el convencimiento.

Voy á contárselo á ustedes en confianza. Todo lo que con el cable ha ocurrido depende de la *aclimatación*.

Sí, señor, sí; no hay que reírse. Todo lo que á este país viene de fuera, se aclimata ó revienta; no tiene remedio, y esto ha pasado ahora.

El fondo del mar entre esos cayos de las costas de Batabanó tiene un calor más fuerte de lo que se calculaba, y el cable, que está construido para una temperatura de 75 grados, ha tenido que resistir los 84 que allí hay. Para más profundidad, el cálculo que ha presidido la construcción está perfectamente hecho.

Se ha resentido, como es natural, y de aquí los defectos de aislamiento que ha ido sucesivamente presentando.

Ahora, puede decirse que ya está aclimatado, y es de creer que no se repitan las faltas anteriores.

Sigamos adelante.

Desde *Diego Perez* caminamos en línea recta á la farola de Cienfuegos. Allí se marcó un semicírculo con el cable, para que pueda fácilmente cortarse y llevarse al puerto, el día que haya de establecerse una estación intermedia en aquella población, y ciñéndose á la costa, llega la línea á Trinidad, donde hace rumbo hacia fuera, desde cayo Blanco, buscando cabo Breton para ir por fuera de los cayos.

Una vez en cabo Cruz, hemos seguido costearlo, siempre á distancia de milla y media ó dos millas de la tierra, hasta Santiago de Cuba.

En este tránsito he tenido ocasión de ver una cosa curiosa.

En las sierras del Cobre, en la cortadura de dos montañas y con el auxilio del anteojo, se vé una casa de guano, perfectamente construida, con su colgadizo y otros accesorios para la comodidad. La casa parece abandonada y lo estará en efecto: su frente está chapeado y chapeado también un camino por la manigua que sube la montaña más próxima. Por la parte de tierra está completamente oculta esta vivienda.

¿A quién habrá pertenecido? Indudablemente á algun personaje de *campanillas* entre los insurrectos.

¿Habrá sido residencia del primoroso y *magnífico* presidente? Quién sabe: si así fuese, el presidente de la república, todo lo más que ha conseguido es invadir el terreno de las fieras. ¡Lucida está su *magnificencia*!

Anda que andarás, vamos caminando. A lo lejos se divisa un castillo. Los legos en la materia sostenemos que es el Morro de Cuba, el práctico dice que nó. Señala á lo lejos un cabo que dice ha de doblarse y asegura que nos faltan aún diez y seis millas para llegar á él.

Ya teníamos la fortaleza encima de las narices (moralmente, por supuesto) y aún sostenía el práctico que no era el castillo, y sin embargo, el Morro parece que tenía gana de dejar mal parada á la *práctica* y era él ni más ni ménos lo que veíamos.

Confieso que al ver el error del hombre que por sus conocimientos tenía el encargo de dirigir el buque, temí que aquellas fuesen las costas de África y no las de Cuba y que nos cojiesen por piratas; pero tomé los gemelos, los dirijí al fuerte y vi ondear en él la bandera española.

Aún hay patria, Veremundo, fué mi exclamación y me bajé al camarote á prepararme para entrar en la segunda población de esta Isla.

¿Pero dónde estará la práctica de este práctico?

Ah, ya! tendrá práctica en equivocarse.

JUAN DE LAS VIÑAS.

¡SE ACABÓ LA GUERRA!

El cable no sabe lo que se pesca, aunque está dentro del mar.

Un día y otro se ha esforzado en sublevar los ánimos tranquilos, trayendo la noticia de que la Francia ha dado de pescozones á la Prusia, ó que esta ha roto á aquella una costilla. No lo crean ustedes. Las rivalidades de dos grandes pueblos que nacieron de rencillas personales, ni más ni ménos que las chismes de vecindad que siembran la discordia entre inquilinos de una casa, trajeron ese rompimiento que ofrece enriquecer el mapa de Europa con un río más, por donde no correrá agua pura como la del Rin, sino sangre humana, deramada á torrentes para satisfacer las enconadas pasiones de dos hombres.

Desde aquellos *chiqueos* de Sadowa, mirábanse Prusia y Francia con ojos de suegra; necesitaban de un pretexto, y se agarraron de las abundantes barbas del coronel *Ole, ole Si-me-eligen*, que tuvo la candidez de creer que podría lucir su interesante personita, sentada sobre los suaves cojines del trono de San Fernando; pero la aguja del Prado de Madrid, la columna del Dos de Mayo, se colocó sobre el sillón, y el coronel prusiano hizo una mueca, comprendiendo que aquella piedra puntiaguda era mucha *alma* para enderezar su *cuerpo*.

Y como el coronel tenía un *papá* previsor, arrimó este su voz al alambre telegráfico y envió la renuncia del *niño*; el monumento del Dos de Mayo devolvió entonces una sonrisa al nieto de Murat; y después

«en torno gira indiferente el mundo,
y gira en torno indiferente el cielo.»

Los ánimos se tranquilizaron, creyendo que la guerra era ya imposible, puesto que el embrion *Ole, ole*, aquella fantasma que se había montado en la nariz del emperador, se había devanecido; pero ¡cál detrás de ese fantasma prusiano estaba el rencor francés. Mis lectores saben demasiado lo ocurrido. La Prusia dijo: «Tío, yo no he sido.» Y la Francia le untó saliva en la frente, como hacen los muchachos para irritar á sus antagonistas. El valeroso Guillermo dió un bufido, y se armó la marimorena, sin que bastara la gestión conciliadora de las naciones vecinas que querían poner en paz la calenturienta susceptibilidad de las dos comadres.

Más de un millón de prusianos salieron de sus casas, como Minerva de la cabeza de su padre, armados hasta los dientes, enseñando los puños á los franceses, que, como un solo hombre, se lanzaron á la frontera, cantando la *Marsellesa*.

Y se demostró en seguida el lujo de la imaginación del género humano, que es inagotable cuando trata de buscar medios de destrucción. Y preparáronse fusiles que vomitaban fuego como las ruedas de los pirotécnicos, y ametralladoras que barrián un batallón, y máquinas infernales que destruían un ejército, con el simple auxilio de un fósforo. Las madres desdoblaron sus pañuelos para empaparlos en lágrimas, las esposas plancharon sus tocas negras, las amantes se dispusieron á buscar reemplazos entre los pocos hombres que quedaran en pie después del primer encuentro serio de los dos cuerpos beligerantes.

La emperatriz Eugenia, buena esposa y buena madre, encendió una lámpara de oro á la Virgen de los Desamparados para orar sobre las tumbas de su marido y de su hijo, cantando de paso el *De profundis* al imperio napoleónico. El pobre Guillermo proyectó el medio de abrir las puertas de su reino á una inmigración extranjera para cubrir las bajas de sus hombres, y consolar así la soledad de sus mujeres.....

¡Todo era sobresalto, luto y desolación! La Francia y la Prusia estaban como D. Quijote y el vizcaino al final del capítulo noveno de la obra inmortal de Cervantes: con las espadas levantadas, *amenazando al cielo, á la tierra y al abismo*. El universo tenía suspendido el aliento para esperar el resultado de aquella descomunal batalla, de aquel golpe terrible que le había de partir por el eje..... ¿No tendría Dios conmiseración para esos pueblos embravecidos, buscando un medio de parar el golpe decisivo?.....

El cable ha comunicado batallas y encuentros, que la saña humana llama de poca importancia para el mundo, pero que la tienen grande para las muchas madres que lloran la muerte de sus hijos. ¡La guerra! ¡Oh! ¡funesta calamidad social! ¡Apíadate, Dios mío, de esos hombres temerarios!

Y Dios oyó el lamento de los corazones afligidos. El cable, repito, no sabe lo que se pesca, y trata de engañarnos. ¡La guerra se acabó! Ya no es posible que Francia y Prusia terminen sus diferencias con nuevas funciones de armas; la sangre prusiana y francesa no enturbiará las aguas del Rin; esa sangre no correrá ya por los campos de batalla; esa sangre correrá tranquilamente por las venas de sus propietarios.

¿Qué varita mágica ha producido ese beneficio para la humanidad? ¿Acaso Palikao y Bismark han recobrado la razón perdida? ¿Acaso una intervención extranjera ha conseguido tan señalado triunfo? ¿Acaso en el tan anunciado Congreso europeo se ha detenido el impulso destructor de dos pueblos, convenciéndolos de que iban á hacer una barbaridad?

El cable vive de la ansiedad pública, y la explota á su sabor; pero el correo de la península ha llegado, y en él los periódicos nacionales. ¡Bienvenido sea el vapor! Saludemos su arribo á nuestra playa con un himno de gloria! ¡Hossana!

La Prusia y la Francia van á darse las manos; la Prusia ha cogido miedo á la Francia; el rey Guillermo se ha retirado con prudencia ante un poderoso auxiliar que el cielo envió al César francés. Eso es inverosímil, pero es verdad. ¿No tenía Prusia noticia de las ametralladoras? ¿No conocía el empuje de sus enemigos? ¿Se ha desvanecido su rencor?—Nada de eso; pero Prusia no había contado con la huésped, ó con el huésped, que es lo mismo.

La noticia es más trascendental, más importante; en una palabra, más gorda. La Prusia no tenía miedo á los ochocientos mil soldados de Luis Napoleon, ni á sus *chassepots*, ni á sus ametralladoras, ni á nada que fuese francés; pero un diario imprudente, apesar de la restrictiva ley del silencio dictada por el emperador, se permitió dar una noticia que hubo de sobrecoger el ánimo del buen viejo Guillermo; y flaqueándole las piernas se retiró sin sus honores, abandonando el campo; el rey Guillermo tiene miedo y huye. ¡Se acabó la guerra! Cuando uno no quiere, dos no riñen.—El pánico del prusiano es más que disculpable!

Pero ¿qué es eso? me preguntan los lectores de JUAN PALOMO.—No sean ustedes cándidos, contesto.—El espanto justificado del rey de Prusia no tiene más explicación que esta noticia de un diario:

«El general camagüeyano Manuel de Quesada, residente en París, ha ofrecido su espada al César de Francia.» ¡Pobre Prusia! ¡Se quedó sin gente!.....

¡La Francia ha ganado!

¿Ganado dije?..... ¡Pobre Francia! La punta de la espada del héroe de Cubitas no rascará la piel de los prusianos; pero en ella se prenderán las pieles de todas las reses francesas.

¡Risum teneatis!...

JUAN SIN-MIEDO.

LAS FIESTAS DE COVADONGA.

Me retracto, me arrepiento, me vuelvo atrás de lo prometido y recojo la palabra empeñada, porque yo no puedo, JUAN PALOMO, cumplir con lo pactado. No esperes de mí una descripción de las fiestas de Covadonga, que así se llaman, porque eso no cabe en los límites que me has trazado, y no tengo tampoco calma y detenimiento para hacer un bosquejo, por incompleto que sea, del cuadro mágico que ante mi vista se ha desplegado.

Yo no sé si he soñado durante algunas horas, ó si he sido objeto de una alucinación; pero si así ha sido, ¡cuán triste es ahora mi despertar! Vivir en la patria, evocar los recuerdos de ese pedacito de gloria que se llama España, trasportarme á él y aspirar sus brisas, y contemplar su cielo, y embriagarme en los mil ruidos que la denuncian, para encontrarme después mohino por el cansancio, por el exceso de dicha que ha gozado el cuerpo, por la expansión que ha embargado el alma, y encontrarme ahora en la capital de Cuba, atronados los oídos por mil rumores desagradables, oyendo hablar de franceses y prusianos, y de insurrección y laborantismo, todo eso es, digas lo que quieras, y á menos que no se te ofrezca otra cosa mejor, pasar de la gloria al infierno, del lado de una chica guapa y amable, á las uñas de un usurero despiadado.

¿Comprendes tú por qué no puedo hacer la descripción prometida? ¿te convence la fuerza de mi argumentación? ¿Sí? Pues me alegro.

Yo te diré, y por bien servido puedes tenerme, que el espectáculo que ha ofrecido Matanzas en los días 7 y 8 de este mes era nuevo para esta isla, y tan sorprendente como nuevo, y tan patriótico como sorprendente. Era una de esas cosas que se preparan á medias, para que lo inesperado, lo imprevisto lo completen.

Así es que el programa que tú conoces se cumplió con

lujo, con exceso, digámoslo así, y que las novedades y las sorpresas se han sucedido sin interrupción.

¿Por cuál de ellas empezaré? Hay tantas, que no me atrevo á elegir.

Si te hablo de la novilla y el ramo, tan populares, ¿cómo dejo en olvido las fogueras y los xigantes, ó paso por alto la danza prima y la giralda, y no digo nada del ixuxú? Todo eso es popular, todo eso es asturiano, todo recuerda esa página brillante é imperecedera de nuestra gloriosa historia, que se llama la restauración de la monarquía española.

Cada uno de ellos merece descripción aparte, y reclama un espacio del que yo no puedo disponer.

¿Y dónde dejamos las comparsas de asturianos, montañeses, gallegos, vascongados, que han recorrido las calles de Matanzas durante dos días y dos noches, sin dejar de vérselas ni un momento?

¿Y de los voluntarios de la Habana, de Matanzas y de los pueblos comarcanos, que han dado á la ciudad el aspecto de un campamento?

¿Y de la presencia en la población del Excmo. Sr. Capitán General, su digna esposa, sus preciosas niñas, vestidas de asturianas, el veterano general Clavijo, el Excmo. Intendente de Hacienda, el Illmo. Secretario del Gobierno Superior Político, y tantas y tantas distinguidas personas que han acudido á Matanzas con motivo de las fiestas?

¿Y qué de la procesión, de las fiestas de iglesia, del barquete oficial, de la romería á la Alameda de Versalles, de los arcos triunfales, las glorietas, las colgaduras é iluminaciones, de tan inmensa diversidad de asuntos que se han presentado ante mi vista con alhagador aspecto, embriagándome con el recuerdo de la patria ausente, haciéndome sentir dulces emociones y gozar de venturosos recuerdos?

¿Qué te diré de todo eso, de más que eso, que independientemente cada uno de por sí reclama sobrado espacio y pide relación sucinta? ¿Qué te diré?... Lo dicho: nada.

Eso no cabe en los límites de una descripción ligerita, como me has dicho y repetido que la deseas.

Además, ¿no has enviado á las fiestas á uno de los más inteligentes, de los más distinguidos artistas de la Habana, para que con su lápiz traslade á la parte ilustrada de tus columnas los principales episodios de estas fiestas?

Pues déjale á él tan grata tarea, que hablará á los ojos de tus lectores de una manera azaz elocuente y permíteme á mí que acaricie los recuerdos de esa fiesta, que á solas con ellos goce algunos momentos y después repita con toda la efusión de mi alma, con el alborozo del naufrago que pisa la hospitalaria playa ó del veterano que torna al valle natal, enfermo, vacilante, con la esperanza y el temor en el ánimo, un ¡VIVA ESPAÑA! que sintetice el sentimiento de amor patrio que me domina.

Déjame eso, y déjame también desear que las fiestas á Nuestra Señora de Covadonga se generalicen en toda la isla, que no se olvide tan popular fiesta, porque Covadonga no es una gloria provincial, pertenece á la nación, simboliza el triunfo de España, su regeneración, el triunfo heroico de sus hijos, el triunfo de la cruz del cristiano contra la media luna del musulmán: la religión contra el fanatismo, la luz contra las tinieblas.

Permíteme eso y que otros te hablen de la fiesta minuciosamente si así lo deseas, aunque lo mejor será que confíes el trabajo al lápiz de tus artistas, y no pidas nada á tu amigo

JUAN LANAS.

EL AMOR EN LOS PERIÓDICOS.

¡Furor! ¡horror! ¡terror!

Prodigio de la naturaleza, misterio incomprensible é indescifrable.

Mientras en España apenas se habla más que de rey y de guerra, mientras en toda Europa, América y sus arbores, es la guerra la comidilla perpétua de la gente curiosa, y en Cuba mismo casi casi se dá de mano á la insurrección, pensando en la guerra, hay un pueblo que no se preocupa por ese asunto, y se entretiene en hacer el amor..... por lo fino.

Ese pueblo es el portugués.

Y de tal manera este enemigo invasor lo absorbe todo, que hasta las planas de anuncios de los periódicos se convierten en estafetas de amor, en hábiles Mercurios, en redomadas Celestinas.

Yo no sé cómo en España, clásico país de aventuras y amoríos, no se ha puesto en uso esa costumbre recomendable por más de un concepto; y ménos aún cómo en Cuba, país mercantil hasta la médula de las piedras y anunciador como él solo, no se ha seguido el ejemplo.

Francamente que me sorprende.

Debe ser muy cómodo para un amante espresar las impresiones de su corazón al objeto amado por medio de la prensa.

Envueltas tales misivas en el más absoluto misterio, se hacen, sin embargo, públicas, y puede muy bien burlarse la vigilancia paterna, ú otras vigilancias, merced á tan ingeniosa cuanto sencilla manera de entenderse.

Pero volvamos á Portugal. Los periódicos llegados por el último vapor americano, traen, entre otros, los

siguientes anuncios, sobre los que nos permitiremos divagar un rato.

NOBLEZA.

17.—A las diez de la noche.

Llégué y me retiré. ¡Qué pesares oprimen el corazón de quien vive desolado por una profunda tristeza! Solo encuentro algún alivio cuando leo vuestras queridas y elegantes cartas. Ellas ponen término á mi tormento. La respuesta por el correo, como me habeis indicado: así nos entenderemos con más franqueza. Permanezco desolado hasta que Dios ligue eternamente nuestros corazones.—R. Vi.»

La desolación de este portugués llega al alma. Resalta en sus sentidas palabras un tinte tan melancólico, que no hay que dudarlo, este hombre quiere por lo fino.

Sus últimos párrafos denotan claramente que el portugués vá con buen fin, y esto lo eleva y ennoblece á mis ojos.

¡Oh tú, quien quiera que seas! Portuguesa ó alemana, soltera ó viuda, rubia ó morena, no aumentes la desolación de ese doncel enamorado, cuya tristeza solo destierran tus elegantes cartas.

Vis-á-vis.

65. «Esta clase de correspondencia me es bastante difícil por motivos que no puedo explicar. Para entregarme su carta espero que mañana aparezca de sombrero por la tardecita: sigame, y tal vez pueda recibirla; si nó, tenga paciencia hasta el domingo. Después irá al paseo del Rocío, y, para que yo sepa que habeis leído esto, mostradme cualquier papel; pero eso bien explicado.»

Porque soy muy torpe..... debió añadir en seguida.

¿Qué diferencia tan notable entre esta carta y la anterior!

En aquella todo respira ternura, sentimiento. En esta todo demuestra indiferencia, hastío.

Puede muy bien asegurarse que el amor de este portugués vá llegando al tercer grado. Un mes, y muere.

¡Ya le seguiría yo por la tardecita para entregarle la carta!

13

24.—6.—70.

«Si cometí locuras, tuya es la culpa. ¡Hola! Ámote locamente solo á tí. No lo olvides un solo instante. ¡Y, sin embargo, dudó! ¡Oh, qué suplicio! Ten confianza en mí como yo la tengo en tí. Puede ser que me convenzas aún. No desesperes, que lo mismo hago yo.—Terreira.»

Este apellido oculta un malakoff. La carta es de mujer, no hay duda.

Me escaman mucho sus primeros párrafos. De todos modos, creo que es digna de lástima. ¡Ama locamente! ¡Y en este siglo! ¡Pobre chica!

¡Terreira, Terreira; mira! que los hombres son muy lagartos! ¡Cuidadito con ellos! ¡Mucho ojo, Terreira!

R.—de—S. B....

«¿Cuál fué mi alegría al verte el domingo en el paseo! Por qué no me dices cómo te he de escribir? ¿No tienes confianza en mi amor? Responde donde sabes.—A. M. O.»

Este es un pretendiente vulgar. Un estudiantillo ó cosa así, que persigue á su dama por calles y paseos, aunque no consigue hablarla ni sabe dónde escribirle.

Cuidado, Sr. A. M. O.; cuidado no dé V. con una coqueta que le rompa los cascotes.

¡Déjela V. hombre!

S. S. Q.

«Dígame, si puede, quién es. Crea que lo ignoro.» Otra del bello sexo. La veo tan curiosa y entrometida como lo son la mayor parte.

¿Quién es?... ¿Y á V. qué le importa? A coser, y calle V. la boca.

4 de junio.

«Deseo saber el motivo porque no le crece á usted el pelo.»

¡Cáspita! Yo se lo diré á V., y no soy el interesado. No le crece porque desde hace dos años usa el aceite de bellotas.

Y se le queda á V. calvo, no lo dude V.

Recuerdo.

«Paso hoy á las once.—Alcantara.»

Breve, pero bueno.

6 de enero.

«No me olvides. Ámote mucho.»

La fecha indica que este prógimo escribe desde Filipinas. Desde luego puedo asegurarle que lo han olvidado. El amor no resiste ocho meses de ausencia en el siglo XIX.

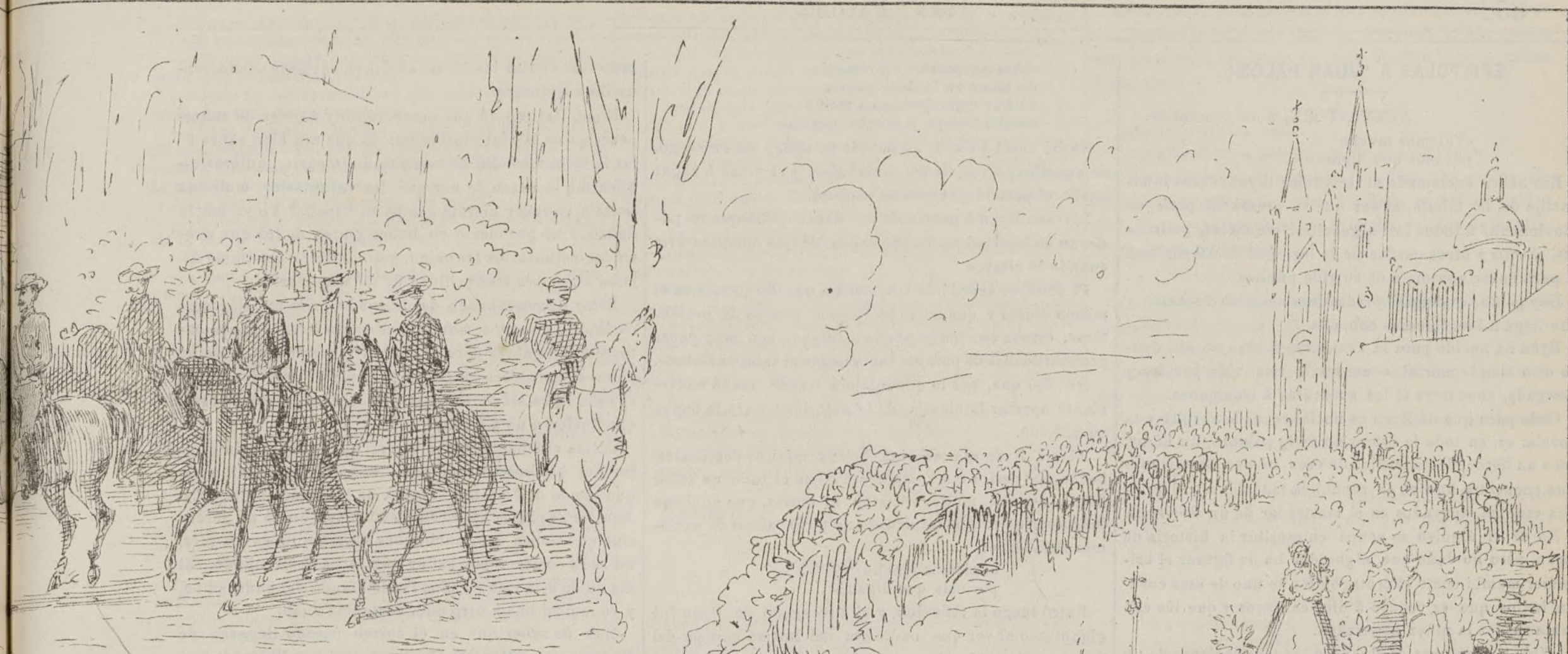
Y basta de matemáticas.

Por la traducción,

JUAN CUALQUIERA.



Llega Excmo. Sr. Capitan General.



La procesion.



El ramo y la novilla.



Los gigantes.

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 3 DE SETIEMBRE.

«Valemos mucho
por más que digan.»

Eso habrá exclamado el brigadier Ryan, como la lagartija de la fábula, al ver que su presencia pone en movimiento á todos los alguaciles, corchetes, polizontes, *sheriffs* y otros garfios de la ley, que se afanan tras él para hacer anatomía de su vida pública.

Hay gente que nace predestinada á una vocacion y que llega á identificarse con ella.

Ryan ha nacido para la aventura, tanto que allí donde otro simple mortal encontraría una vida pacífica y sosegada, encuentra él las aventuras á trompones.

Cada paso que dá Ryan es un lance, cada suspiro una novela: es, en toda la estension de la palabra, un héroe, pero un héroe de pacotilla, de esos héroes americanos que encuentra uno en la república modelo, al volver de una esquina, apoyados en el mostrador de un *bar-room*.

No sé si álguien se ocupa en escribir la historia de Ryan, pero no dudo que algun día ha de figurar el brigadier mambí como el protagonista de uno de esos cuentos indios que se venden á diez centavos y que lee con tanta avidez la niñez americana.

«Vida y aventuras de Ryan, ó las tribulaciones de un filibustero.» Hé aquí un título pomposo y apropiado, que no puede ménos de asegurar la venta.

Por de pronto, ahí vá un episodio, que puede muy bien formar un capítulo de la novela.

Llegó Ryan de Cayo Hueso, y se vistió de blanco, como tú sabes, para denotar la pureza de sus intenciones.

—¿Dónde está el Presidente? preguntó.

—El de la Junta en Saratoga, el de la República en Long Branch. ¿Y dónde ha dejado usted al nuestro? le preguntó un miembro de la Junta.

—El de ustedes se parece al infinito de Pascal: su centro está en todas partes y su circunferencia en ninguna. No me detengan. Me voy á Saratoga que allí está la fuente que ha de curar mis males.

Y con una sonrisa maliciosa, puso el pié en el estribo del carruaje, y á Saratoga marchó Ryan en busca de Aldama, mientras á él lo buscaban por aquí los dedos de la justicia.

Telegrafióse á Saratoga para que el *sheriff* de aquel punto le hiciera el recibimiento debido á su rango y le evitase los gastos del hotel, alojándolo de balde, y hasta le facilitase escolta para venir á Nueva York, pagándole el pasaje.

Pero Ryan, que ha aprendido en la manigua á correr con más velocidad que la chispa eléctrica y hasta que la chispa de Aguilera, que es cuanto decirse puede, se nos plantó en Nueva York de regreso de su viaje, mucho ántes de que el *sheriff* de Saratoga hubiese preparado el discurso de bienvenida.

—¿Cómo ha ido el viaje? le preguntó la Junta.

—Llegué, ví y convencí á Aldama de que lo que más falta nos hace es su dinero.

—Tiempo hace que está convencido de ello, pero con los trastornos que ha sufrido, se le ha desarrollado una especie de sordera, que puede tener tristes resultados. Y ahora ¿quid faciendum?

—Voy á Long Branch á llevar un cajon de tabacos que Céspedes regala al Taciturno.

—Sí, pero es el caso que, desde que Grant ha sabido que tiene usado intencion de ir á visitarlo, ha cambiado de domicilio y se ha marchado á Newport.

—Mejor: así me evito un desaire, y sin embargo, la prensa dirá, y nadie podrá desmentirlo, que Ryan ha ido á Long Branch á visitar al Presidente. Con que, *abur*, dijo el diablo para no decir adios!

Y se fué Ryan en derechura al muelle, para embarcarse en el magnífico vapor que vá á Long Branch.

Al ir á poner los piés en la plancha, un golpecito en el hombro hizo volver la cara á Ryan y se encontró con el rostro familiar del *sheriff* Allen, cuya vigilancia burló hace poco más de un año.

—Arrestado!

—Canastos! es mucha la aficion que me tienen ustedes. Pero hombre, es fuerte cosa eso de que en el país clásico de la libertad no le dejen á uno ni siquiera tomar los baños.

—Qué mas baño que el que tomó usted la última vez que se escapó, que puso todo un mar de por medio entre usted y la justicia? Sin duda ha creído usted, mister Ryan, que la justicia es lo mismo que el amor, que

«para encontrar un remedio de amor en la dura guerra, no hay como poner en medio: mucho tiempo y mucha tierra.»

Se fué usted á Cuba: ha pasado un año, y sin embargo, de aquellos polvos vienen estos lodos, y vá usted á pagar ogafío el pecado que antaño cometió.

Llevado Ryan á presencia del fiscal, pidió que lo pusieran en libertad mediante fianza, de que comparecería cuando lo citasen.

El fiscal se acordó de tres fianzas que dió Ryan con el mismo objeto y que, cuando llegó el tiempo de presentarse, estaba corriendo por la manigua, con muy pocas probabilidades de pararse hasta llegar al cabo de Hornos.

Así fué que, por lo que pudiera tronar, creyó conveniente apretar la clavija de la autoridad y fijó la fianza en \$25,000.

Al oír Ryan esa tasacion de sus méritos personales, hecha por perito tan competente como es todo un señor fiscal, aunque no lleve baston ni borlas, que aquí son innecesarios esos adminículos, no pudo ménos de exclamar satisfecho:

«Valemos mucho
por más que digan.»

Entró luego la reflexion, y el desengaño de Ryan fué gigantesco al ver que nadie era del mismo parecer del fiscal en el avalúo de su persona, puesto que la fianza no venia.

Al fin, unos amigos de Ryan, ansiosos de quedarse con la mercancía, regatearon el precio que puso el fiscal á su libertad, y después de muchos dimes y diretes, y de un tira y afloja por una y otra parte, quedó convenido en que el nuevo misionero no valía más de \$15,000, cuya cantidad aprontó el ex-juez Stuart, el cual ya puede darles la más tierna despedida, pues es probable que sigan el camino del humo.

Ryan está emplazado para el 3 de Octubre, ante el tribunal competente, y como prometió el 15 de Agosto estar en la manigua, al cabo de treinta y cinco días, dos minutos y quince segundos, no sé como vá á componérselas el misionero para no faltar á las citas.

Pero los mambises son maestros en eso de aparentar que están en todas partes cuando no se les halla en ninguna.

Los laborantes están que trinan.

Azcárate ha tenido la impavidez de negar el cuento de su comision y, lo que es más, de negar á los laborantes.

Dice que quiere la union de Cuba con España.

Y los laborantes, que cuando se decia que traía una comision del gobierno, se hacian los desdofiosos, ahora no pueden tragar la calabaza que han recibido.

No querian tratos con España. ¿Qué han de querer, pobrecitos, si están verdes?

Hablando de verde, ¿qué se habrá hecho D^a Emilia?

No suena para nada, y esto es muy significativo tratándose de una suripanta que tanto le gusta meter ruido.

Se ha formado una sociedad de artesanías hembras, para hacer el *pendant* con la de los artesanos machos.

Como no la admitan en la última, D^a Emilia no cabe en la primera.

Se ha publicado el Reglamento y entre otras cosas curiosas encuentro el siguiente

ARTICULO IV.

«Componen la sociedad todas las cubanas de buena vida y costumbres que quieran pertenecer á ella, con solo esta distincion: que la que no es fundadora ha de ser presentada por una que pertenezca á la Liga.»

Otro artículo dice que la Tesorera llevará cuenta corriente de toda cantidad que ingrese en la caja, y lo creo: tan corriente será que nadie podrá alcanzarla.

Mas pormenores te daría de esa sociedad, que ha de llamarse *Liga de las Hijas de Cuba*; pero temo que habrá muy pocas socias, segun los requisitos del artículo IV. además, fuera darle demasiada importancia y ya sabes que

«hacer gran caso de Lagartijas: es dar motivo de que repitan: valemos mucho por más que digan.»

JOHN BULL.

PUERTO-RICO, 29 DE AGOSTO.

Poco puedo decirte en este correo, amigo PALOMO, porque aquí hay pocas novedades: aquí la monotonía es la vida, y rara vez se sale de este sistema.

Los voluntarios de la Isla no habian de ser ménos que sus hermanos de esa, y ya los periódicos publican

protestas contra las palabras del ya bastante asendereado Diaz Quintero.

Díme, PALOMO, tú que sabes tanto y á guisa de zahorí penetras en las interioridades; tú que tan bien sabes fijar la vista más allá de la punta de la nariz, ¿quieres explicarme la razon de por qué los voluntarios molestan tanto á ciertas y ciertas gentes en España? Yo ya me lo figuro, y no por cierto en honor y prez de los que contra los voluntarios trabajan, pero quisiera que tú me dijeras algo para tranquilidad de mi conciencia.

Estoy descorazonado desde que he leído un telégram de Madrid en que se anuncia el envío á esa isla de catorce mil hombres para acabar la insurreccion, porque ya no se considera la cuestion como de partido. ¿Pues cuándo lo ha sido? Malas tripas me hacen estas cosas, que huelen y no á ámbar.

Calma chicha por todas partes; el horizonte sin celajes y el barómetro señalando buen tiempo: esto es lo que puedo decirte hoy acerca de la situacion del país. Aquí nadie piensa ahora sino en bailar, porque no parece sino que tienen las muchachas hormiguilla en los piés, tal es la comezon por bailar que se ha desarrollado. El día 30 de este mes termina la temporada del *gaudeamus*, y ya, adios, hasta otro año, hasta San Juan.

Has de saber que en el correo pasado llegaron de Madrid, con sellos del Congreso, muchos libelos indignos, y encaminados al santo fin de coadyuvar á los planes filibusteros y escitando á los negros; ya ves tú si la insurreccion ha transmigrado y se encuentra en la ex-corte encarnada en..... más vale callar.

Adios, tu affme.

JUANITO.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO TERCERO.

LA PARTIDA DE LA MUERTE.

VIII.

La entrada en Cienfuegos de *La partida de la muerte* fué triunfal y costó muchas lágrimas á las familias de los prisioneros; reunido el Consejo de guerra, cayó sobre las cabezas de los rebeldes todo el rigor de la ley, y Luciano Godoy se estremeció al considerar que Ramon Losada hubiera sufrido igual suerte, salpicando con su sangre la mano que en el altar habia de ofrecer á su amante Valentina en el momento de unirse á ella para siempre, si Dios le conservaba la existencia en medio de los peligros que corria para vengar el asesinato de su padre. Ninguno de los movilizados acusó al comandante de la fuga del prisionero, y ni siquiera recayeron las sospechas en el segundo, que habia sido, como el lector sabe, el que le habia devuelto la libertad perdida; tampoco Luciano comprendió el servicio que debía á su amigo Alejo Alcántara, servicio que podia calificarse de importante, algo más, de heroico, atendida la saña que aquel tenía á los malos cubanos, por su escésivo amor á la patria.

No dejó de saberse en Cienfuegos que Ramon Losada habia caído en poder de *la partida de la muerte*, y no faltó alguno que echase en cara al valiente Godoy la fuga de aquel, suponiendo que el amante de su hermana le habia abierto la puerta de la prision; pero Luciano habia rechazado la acusacion con tanta energía, que la mayor parte se desengañó del error, haciéndole justicia.

Por supuesto, la noticia llegó á casa del fugitivo prisionero, y doña Rosalía bendijo á la Providencia por la buena suerte que á su hijo habia deparado, no acordándose de consagrar un recuerdo de gratitud al que todos señalaban como su salvador. En cambio, ¿qué diré de Valentina?—La pobre niña habia comprendido que su amante le habia hecho el sacrificio de su deber, y con el pensamiento le envió un beso de gratitud. ¿Habría algo de amor en aquel ósculo purísimo de un alma agradecida?—El lector es demasiado discreto para que tenga yo que sujetar al análisis al dulce mensajero de los labios de Valentina. Además, la química con todos sus adelantos, podrá descomponer los cuerpos sólidos, los líquidos y hasta los gases; pero no creo que ha llegado á encerrar en un crisol el fluido de un beso; las paredes de la vasija no son bastante fuertes para contener el fuego de esa espresion del cariño, que es poderoso en sus explosiones.

Todo el mundo sabe en la Isla de Cuba que los insurrectos tienen organizada su policía, pues los *laborantes* de las ciudades están en contacto con los rebeldes de los campos, sin que baste la más esquisita vigilancia para sorprenderlos en sus comunicaciones; así, nadie extrañará que el día después de la entrada de los movilizados en Cienfuegos llegara á manos de doña Rosalía un papelito misterioso que contenía estas palabras, escritas con lápiz:

«No temas por mí; estoy libre. A él he debido mi salvacion.»

Doña Rosalía conocía perfectamente la letra de su hijo, y elevó al cielo los ojos para darle gracias por el beneficio que le habia dispensado, diciendo á Valentina:

—¡Ramon se ha salvado! ¡Dios no nos abandona!

La jóven, después de haber leído el papel, repuso casi entre dientes:

—Dios es muy bueno, mamá; pero no te olvides de él.
—El no es más que Dios, hija mía.
—¿El es él? agregó Valentina con intencion muy marcada. ¿No lo has comprendido?
—Déjate de interpretaciones ridículas, dijo doña Rosalía con tono de reconvencción.
—¿El es Luciano? exclamó la niña con aire resuelto. El comandante de la partida que hizo prisionero á Ramon es el que le ha puesto en libertad para salvarlo de la muerte. No seas injusta.
—¿Te prohibo que pienses de ese modo!
—¿Quieres que cierre los ojos á la luz de la verdad y de la razon? No puedo obedecerte.
—¿Valentina!.....
—Déjame agradecer por las dos el sacrificio que en esta ocasion nos ha hecho Luciano.
—¿Le amas todavía? preguntó la madre con ira.
—Y le amaré mientras sea digno de mí.
—¿Digno de tí el hombre que se levanta contra sus hermanos y riega con sangre la tierra que le sirvió de cuna?
—Se ofusca tu razon, madre mia; Luciano venga la muerte de su padre; soy buena hija y disculpo su exasperacion. Ahora comprenderás lo que vale el beneficio. ¿Quieres que sea ingrata?
—¿Dios que nos oye sabrá castigar tu conducta desleal!
—Dios que nos oye, contestó Valentina con entereza, apreciará mi constancia y la justicia que hago al hombre que por mí se ha sacrificado.
Los puños de doña Rosalía amenazaban de cerca la cara de su hija, y esta, comprendiendo que su madre era implacable en su odio y ciega en su encono político, cerró los labios, dejándola que se desahogara contra ella y contra su amante.
Pero el lector comprenderá que Valentina, teniendo razon y estando impulsada por el amor de Luciano, allá dentro de su corazon, altar de su sentimiento, envió un nuevo recuerdo de gratitud al ídolo que adoraba. Y como este se hallaba á la sazón en Cienfuegos, y los amantes no se contentan con pensar en el objeto de su cariño cuando saben que hay posibilidad de estrechar la distancia que los separa, no estrañará que, valiéndose de los Mercurios que siempre favorecen á los enamorados, diera á Luciano una cita para aquella noche; y el lector es demasiado advertido para necesitar que yo le asegure que él no faltó al llamamiento, acudiendo media hora antes de la convenida, al sitio en donde habia de ver á Valentina, después de una ausencia de algunas semanas.
La casa de una jóven llamada Loreto, cuya familia tenia íntimas relaciones de amistad con la de doña Rosalía, era el punto de reunion de los dos amantes, segun lo habia dicho ya Luciano á su amigo Alejo Alcántara; allí llegó el comandante de la partida de la muerte apenas tendió la noche su negro manto, y allí llegó Valentina, sin que su madre sospechara que aquella familia contrariaba su mal deseo, guiada por la intencion de complacer á la pobre niña, que tenia de su parte toda la razon.
Luciano estendió la mano para estrechar la de su amada, y esta, elevando al cielo los ojos en demostracion de gratitud, le dijo con acento de inefable ternura: —¡Gracias, Luciano! ¡Eres muy bueno para mí!
El jóven se detuvo un momento, adivinando lo que significaba aquel primer arranque de Valentina; pero no queriendo cargar su conciencia con una mentira, se preparó á desengañarla, sin aparecer odioso á sus ojos, y le preguntó.
—¿Gracias!..... ¿Por qué?...
—¿Crees que ignoro el servicio que te debemos?
—No esperaba menos del hombre que amo con toda mi alma! ¡Yo hubiera hecho por tí lo mismo!
—Explicame Valentina.
—Todo Cienfuegos sabe que mi hermano Ramon cayó prisionero en la accion que sostuvo tu gente en el rancho donde él se hallaba con sus compañeros; y todo el mundo sabe tambien que por la noche se escapó de la prision en que estaba encerrado.
—Su astucia le valió.
—¿Tratas de engañarme, Luciano? ¿Temes por ventura que tu honor sufra menoscabo diciendo la verdad á la mujer que te admira, á la mujer que siendo tu amante es tu propia persona, á la mujer que está acostumbrada á leer en tus ojos tus más ocultos sentimientos?
—Entonces, Valentina, no lees bien, porque debo decirte la verdad: te amo y por lo mismo no quiero mentir. Ofrecí á Ramon su libertad á costa de todo lo que más estimo, pero su soberbia le hizo rehusar mi oferta; y ahora no puedo explicarte el medio de que se valió para evadirse de los centinelas que lo guardaban. Siendo ese mi deseo, Dios me oyó, abriéndole las puertas de su prision, que eran las puertas de la muerte.
—Repito que en vano intentas engañarme, dijo la jóven con tono de sorpresa.
—¡No! ¡Jamás manché mis labios con la mentira!
—Y sin embargo, esta vez faltas á tu propósito, puesto que además de mi corazon que me lo dice, y el corazon nunca se equivoca, tengo la certeza de mi creencia por una prueba que no admite duda.
—¿Qué prueba es esa?
—Hoy nos ha escrito Ramon.
—¿El?...
—Sí. Y nos comunica que te debe la vida.
Luciano abrió los ojos, espantado, no acertando á comprender el misterio que encerraba aquella declaracion.
Valentina repitió las palabras del papel de Ramon Lomasada, y Godoy se convenció entónces de que la evasion del prisionero se habia hecho en su nombre; pero no pudo adivinar la manera de facilitarla cuando no habia mediado su consentimiento. El paso dado por Alejo Al-

cántara no se presentó á la imaginacion de su amigo; y no es estraño, porque tenia algo de inverosímil.
—Aquí hay un misterio que me conviene aclarar, Valentina mia; créeme que he dado fervientes gracias al cielo por la vida de tu hermano; pues nunca me consolara de la desgracia que para los dos hubiera sido verlo sacrificado á sus errores, siendo yo el instrumento de su muerte. Dios no lo ha querido, y bendigo su misericordia. Si tienes medio de dirigirle tu voz cariñosa, amonestalo, porque si otra vez lo encuentro en mi camino, no será fácil que la suerte nos favorezca del mismo modo. Yo no puedo faltar á mi juramento.
—¿La Providencia oirá mis votos!
—Aun permaneceré en Cienfuegos cuatro dias, y quisiera verte todas las noches.
—Ven siempre á esta hora. He venido diariamente á esta casa para que mi madre no estrañe mis visitas cuando te encuentras en la villa; confía ciegamente en Loreto, pues de ella nada tenemos que temer.
—Hasta mañana, que hablaremos de nuestro amor. Necesito comunicarme contigo para pensar en el porvenir.
—Adios, mi Luciano. ¡Y otra vez gracias!
—Dálas á Dios que vela por nosotros.
Los jóvenes se separaron, estrechándose con fuerza las manos, agentes del alma, intérpretes del corazon.

JUAN SIN TIERRA.

(Continuará)

SARTENAZOS.

¿Saben ustedes que los grabadores, litógrafos y demás especuladores con los mapas del teatro de la guerra entre Francia y Prusia, nos han dado el camelo del siglo?
No hay mapa que no nos pinte sus líneas geográficas dándonos una pequeña parte del E. de Francia y estampando no solo completo y cabal el ya dilatado reino de Prusia, si que tambien la monarquía austro-húngara, los Países Bajos y hasta la Península italiana.—Pero como han salido las cosas al revés de lo que las gentes creían, y la guerra se ha limitado á tierra francesa en vez de trasladarse á los referidos países, nos encontramos con que todos los mapas publicados no sirven para un camino y que hay que seguir las huellas de los combatientes en la carta de Francia.
¿Cosas del mundo!—Lo inesperado es siempre lo que está detrás de la puerta.

Los carlistas han vuelto á levantar el gallo, y como siempre, han salido con las manos en la cabeza.
Es mucha gente esa, y qué afan tiene de que la zurren.

* *

DOLOR.

El campo humedecía
Lluvia feraz: en el nublado espeso
Envuelto el prado, la montaña en sombras,
Rayo veloz las nubes desgarraba,
Y del árbol añoso el tronco grueso
Al embate del viento vacilaba.
En una pobre choza,
A la luz de una lámpara espirante,
En un jergon de paja reclinada
Mústios los ojos, lívido el semblante,
Una mujer lloraba contristada,
Y al son de la borrasca que rugía,
La triste así decía:
—Desconsolada estoy! la pena honda
Me hiere el corazon cual ruda via.
No hay quien al eco de mi voz responda,
No tiene encanto para mí el rocío,
Ni aroma el valle, ni frescura el campo,
Ni luz la luna, ni rumor el río!
Todo es sombra y horror! tinieblas todo!
Solo quiero la paz del mármol frío!
De súbito, de un trueno
El hórrido fragor hizo los orbes
Retemblar, y la puerta
De la choza se abrió, y en ella ráuda
Una mujer se deslizó encubierta.
—¿Quién causa tu dolor? ¿cuál es tu pena,
Que solo de tus tétricos lamentos,
Como jamás, se llena
La region impalpable de los vientos?
Interrogó la dama aparecida:
La otra contristada
Le contestó afligida
En sus brazos cayendo desmayada:
—Sin él no hay para mí dichas completas.
Palanqueta, el peor de los ingratos,
Ayer se fué, dejándome en chancletas
Y no tengo ni un real para zapatos!

A. E. DE ZAFRA.

* *

Por el Ministerio de Ultramar se ha significado al de Estado para una gran cruz de Isabel la Católica á nuestro distinguido amigo D. Cesáreo Fernandez, secretario del gobierno superior de esta Isla.

Celebramos de todas veras que se premien los buenos é importantes servicios del Sr. Fernandez, que tantos esfuerzos está haciendo en esta Antilla por la causa española.

* *

¿Quiéren ustedes más?

Pues allá vá otro despilfarro de JUAN PALOMO.

En uno de los próximos números dará una cuarta lámina de retratos de los jefes del Ejército y Voluntarios que por no haberlos obtenido á tiempo, dejaron de incluirse en las ya publicadas.

* *

Siempre que se nota la proximidad del enemigo, se dá el alarmante grito de: «¡hay moros en campaña!»
No hay razon para tanto.

Porque los moros, aunque gente atrabiliaria y artera son flojos enemigos.

La fatalidad los ha condenado á perder siempre hasta aquello que no tienen..... la fé.

* *

Es muy popular y muy chistoso ese demonio de coronel Ryan. ¡Como que ha logrado que todos se rian de él con solo oirlo nombrar!

* *

EN UN ÁLBUM.

Un borrico tranquilo, que pacía
Junto á un profundo arroyo cierto día,
Vió un caballo fogoso,
Que rápido y airoso,
De un fácil salto traspasaba el río.
El jumento miró con aire frío
La hazaña del caballo, pues pensaba
Que era fácil saltar y que él saltaba.
Fué al lado del arroyo,
Quiso saltar, saltó y cayó en el hoyo.
Yo ayer muy inocente
Vi versos, y creí, nécio imprudente,
Que tambien los haria,
Me traje el álbum; ha llegado el día,
Lo intento; mas mi númen es tan chico,
Que me vá á suceder lo que al borrico.
Pero nó; que él se ahogó: lo dice el caso
Y yo aunque me mojé, salí del paso.

ENRIQUE GODINEZ.

Habana, 1870.

* *

Como una prueba más, de que no todos los periódicos republicanos de la Península juzgan de las cosas de Cuba con el mismo fatal y equivocado criterio que *El Sufragio Universal*, *La Discusion* y otros; recomendamos al público la lectura de los números 15, 16 y 17 de *El Proletario*, revista republicana que se publica en Madrid todos los domingos y bajo la direccion del conocido escritor D. Juan Pablo Soler.

Por la misma razón de que aquí no han podido arraigarse, afortunadamente, aún los diferentes partidos políticos que en la Península nos tienen tan divididos, por eso mismo debemos acoger sin prevencion alguna y sin distincion de colores, al que se coloque á nuestro lado en la empeñada lucha que nuestros rastros adversarios han provocado en la metrópoli.

Se suscribe á esta revista en la *Propaganda Literaria*, calle de la Habana número 100, donde se facilitarán gráti los citados números. El precio de la suscripcion es por semestre \$ 3-50 y por año \$ 6-37.

* *

Victor Hugo, el gran poeta Victor Hugo, ha vuelto á su suelo natal entrando en Paris con el uniforme de guardia nacional sedentario.—Dice un colega de la Habana, que su residencia en Francia durará poco.—Vamos hombre, ¿es V. tan miope que no adivine lo que vá á pasar?...
* *

La Ilustracion de Madrid recibido por el último correo trae artículos y grabados notables sobre la guerra entre Francia y Prusia.

Las personas que tengan gran curiosidad de conocer los personajes de la guerra, vistas, batallas, etc., deben suscribirse á *Ilustracion de Madrid*, que en esta ocasion está haciendo prodigios de actividad y celo por complacer á sus favorecedores.

ADVERTENCIA.

Las oficinas de la redaccion y administracion de este periódico, se han trasladado á la calle de O'Reilly, n.º 51, á donde se dirigirá en lo sucesivo toda la correspondencia bajo sobre al Administrador de Juan Palomo.

IMPRESA MILITAR, RICLA 40.



Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy.

Ayuntamiento de Madrid